
Teoría y práctica del viaje en José Enrique Rodó

Gustavo San Román
University of St Andrews (Escocia)

El presente trabajo está basado en la comparación entre una serie de capítulos dedicados a los beneficios del viajar en *Motivos de Proteo* (1909), la obra más ambiciosa de Rodó, donde trata sobre la evolución de la personalidad individual, y las crónicas del viaje real más importante que llevó a cabo el escritor, que fueron recogidas parcial y póstumamente en 1918 bajo el título de *El camino de Paros*. La muy anhelada y varias veces postergada estadía en Europa tuvo lugar en los que serían, exactamente, los últimos nueve meses de su vida: el 1º de agosto llega a Lisboa y fallece en Palermo el 1º de mayo de 1917. En lo que sigue comenzaremos con la teoría sobre los beneficios del viaje; luego pasaremos a lo que Rodó definió en su correspondencia como el viaje ideal, y que no llegó a materializarse totalmente en su caso; finalmente consideraremos el efecto que la experiencia propia tuvo en él, según sus crónicas y apuntes privados.

La teoría del viaje en *Motivos de Proteo* (1909)

Quince capítulos de *Motivos*, los numerados 86 a 100 (Rodó 412-31) están dedicados al tema del viaje. El primero de ellos comienza con lo que será la tesis a desarrollar, a saber, que el contacto con lares distintos del nativo es la realización por excelencia del desarrollo personal. “La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse” (412).

La importancia otorgada a la experiencia del viaje queda ilustrada tanto por la reiteración, al inicio de esta sección, de la frase clave del libro, con la que se abre el primer capítulo (“Reformarse es vivir” [309]), como por la centralidad del asunto en el plan de la obra, ya que queda delimitado entre 85 capítulos anteriores y 86 capítulos posteriores. Es difícil, pues, otorgar una mayor jerarquía al traslado físico en la concepción proteica del desarrollo de la personalidad, que es la cuestión central de *Motivos*.

Los elementos beneficiosos del viajar según estos capítulos cubren dos grandes aspectos. El primero es el de los viajes como instrumentos de renovación. Frente al ámbito estrecho de lo conocido, surge el traslado geográfico como oposición a la rutina y al estancamiento espiritual de la persona:

la sugestión de lo ajeno y apartado es fuerza liberadora en cuanto nos realza sobre la estrecha sociabilidad que circunscriben la familia y la patria; y además, comienza a hacer flexible y ágil el espíritu y ejercita los bríos de la voluntad, para acercarnos a esa completa emancipación del ser propio, que constituye el término ideal de una existencia progresivamente llevada (412).

Trata ya este primer capítulo la relación clave entre el influjo de la patria en la definición de la personalidad individual y el potencial efecto ensanchador que implica el contacto con otra cultura. Así, mientras reconoce Rodó la importancia de “los lazos que responden a inclinaciones perdurables y sagradas de la naturaleza”, otros vínculos menos meritorios pierden su influencia: “aquellos otros, más endebles, que sólo nacen de hosquedad, preocupación o prejuicio, se rompen y desvanecen, a modo de los hilos de una vasta telaraña, dentro de la cual permanecía impedida, como la mosca prisionera, tu libertad de juzgar y de hacer.” Como corolario, viajar implica el volver a casa renovado, con una personalidad cambiada. A esta evolución asociada

con el movimiento, se opone (Cap. 87) la soledad extrema del ermitaño, plasmada en la primera parábola de esta sección, la del ermitaño Teótimo. Debido a su aislamiento para la sola devoción a Dios, el solitario perdió la capacidad de apreciar que la bondad del Señor también llegaba a una leve flor que no se había sacrificado como él, y terminó destruyéndola.

El segundo gran aspecto es la personalidad del viajero, y el efecto que la experiencia conlleva sobre todo en los “espíritus superiores”, para quienes un viaje importante marca una frontera entre dos épocas de la vida, y trae como consecuencia una influencia positiva y trascendental en su sociedad nativa. Así el caso de Voltaire, cuyo viaje a Inglaterra llevó a “la comunicación de la doctrina de libertad al espíritu francés” (419), y a partir de él, a la revolución francesa; o el de los libertadores Miranda y Bolívar en la Europa napoleónica.

La sección sobre el viaje en *Motivos* se corona con la que es quizás la más lograda de las parábolas del libro: “Los seis peregrinos”. Se combinan en ella las ideas generales que se han tratado hasta ahora: el viaje como experiencia iluminadora de la vida y desarrolladora de la personalidad; como contradicción a la estada inerte en la patria o a la soledad del asceta; como caminata y peregrinación; como fomento de nuestra simpatía hacia los otros. Idomeneo, el peregrino ideal que es consciente de la realidad del camino sin perder de vista su meta última, representa el epítome de la evolución de la personalidad que propone en general *Motivos de Proteo*.

La visión pre-viaje de Rodó

El anhelado desplazamiento a Europa representaba para Rodó, además de la realización de una larga ilusión intelectual, el abandono de dos fuentes de infelicidad personal. La primera

concernía el ambiente político del país, específicamente su incómoda relación con el batllismo. En una carta a Juan Antonio Zubillaga de diciembre de 1911, dice Rodó: “Me ha tocado ser el *leader* de la representación proporcional contra el proyecto gubernista, y tengo que intervenir diariamente en el interesantísimo debate”; en otra carta escrita pocos días antes de partir, el 9 de julio de 1916, le declara: “Dentro de breves días estaré, pues, lejos de la patria y de Batlle” (1430). También estaba pasando Rodó por problemas más íntimos, de depresión psicológica, motivados en parte por ciertas deudas monetarias que había contraído (Ibáñez, San Román).

Estos motivos se combinan en un fuerte deseo de salir del país, alimentado por muchos años, que resumió en una frase dirigida a Unamuno sobre la necesidad de “oxigenar el alma” (Rodó 1393). Su correspondencia es esclarecedora de esta aspiración, y del itinerario que tiene en mente. En una carta de 1904 a su amigo Piquet, a la sazón en Europa, habla de un itinerario de aprendizaje ideal, y sugiere una “especialización” que quizás sorprenda a los lectores de *Ariel*:

“Su primer curso” es ese que está estudiado en España; luego vendrá el 2º, que será el de Italia; y el 3º el de Francia; y después convendrá que complete su “doctorado”, trabando conocimiento con el genio del Norte, en Europa y en la América sajona, a la que, como Vd. sabe, yo no amo, pero sí admiro (1345-6).

En varios documentos afines se notan por lo menos dos aspectos notables. El primero es la confirmación del valor del viaje en el desarrollo de la personalidad del mismo Rodó y su explícita conexión con el mensaje fundamental de *Motivos de Proteo*. El segundo aspecto es una clasificación jerárquica de los países europeos, donde el reconocimiento objetivo que le merecen los pueblos anglo-sajones es evidencia, si es que toda-

vía hace falta resaltarla, de que el de Rodó no era un idealismo de torre de marfil. Por otro lado, es sorprendente que no figure Grecia, y específicamente Atenas, en un itinerario ideal de quien es claramente cultor del mundo helénico clásico, y nos debemos preguntar por qué. Cuatro razones serían factibles: la incierta situación en la zona durante la guerra; el que Rodó se sintiese inseguro frente a la lengua griega el bajo prestigio de la Grecia moderna en esos momentos, asociada con serios problemas políticos y económicos; por fin, y quizás más profundamente, Rodó prefería la *versión* del mundo helénico tamizada por el renacimiento italiano.

Pasamos ahora al viaje verdadero de Rodó, donde ese itinerario ideal quedó truncado por la muerte.

La práctica del viaje en las crónicas para *Caras y Caretas* (1916-17)

Dentro de la variedad de temas que toca Rodó en las 24 crónicas europeas que poseemos es de notar una fuerte coherencia con el resto de su obra, a saber, la constancia de un prisma arielista.

Al andar, dice Rodó en su crónica sobre Barcelona: “proveo mi cesta de observador” (1250). Y aunque como hemos visto, tenía como meta ulterior París, en Italia su admiración surge resonante, mucho más que en su breve transcurso por España. En su italianismo se parece a otros viajeros por ese país, sobre todo los victorianos ingleses para quienes Italia representaba el punto culminante del *Grand Tour*. En Rodó hallamos un fuerte conocedor del arte italiano, para quien el contacto personal con los museos, iglesias y arquitectura de ese país fue confirmador de lo que ya había leído en los libros. Y su admiración no se limita a su arte sino que abarca también su perfil como nación.

En “Anécdotas de la guerra” hace explícita referencia a la conciencia de identidad nacional y a la nobleza de carácter de un país relativamente nuevo, notando cómo la guerra ha ayudado a cimentar esa “exaltación de la conciencia colectiva” (1279). Y en “Ciudades con alma” habla de la cantidad y belleza de las ciudades italianas, haciendo una referencia explícita al viajero extranjero: “Italia ofrece la más interesante y copiosa variedad de aspectos y maneras que pueblo alguno pueda presentar a la atención del viajero; y esta variedad se manifiesta por la armonía, verdaderamente única, de sus ciudades” (1294). Aprovecha estas ideas para aplicarlas, en lo que representa un eco de la sexta sección de *Ariel*, a la situación de América Latina, donde las ciudades corren el peligro de perder su personalidad debido “a la irrupción cosmopolita” (1295) del aluvión inmigratorio: “Formar ‘ciudades’, ciudades con entera conciencia de sí propias y color de costumbres, y sello de cultura, debe ser uno de los términos de nuestro desenvolvimiento.” Rechaza por tanto “la tendencia a regularizarlo e igualarlo todo, que es uno de los declives de nuestro tiempo” (1295). Y aunque es importante tarea “unificar, armonizar socialmente” América Latina, “el cultivo del carácter local no contradice a aquel designio de unidad” (1296). Esta concepción del respeto de la individualidad dentro de la organización social, que exige *Ariel* tanto para las personas como para los pueblos, y que tiene su realización en el mosaico de identidades y culturas con una meta nacional compartida, que es la Italia que conoce Rodó, tiene su mejor realización en lo que él llama un nuevo “federalismo real, viviente, colorido” que debe tener como meta salvaguardar “el ‘alma’ de las ciudades” (1296). He ahí el recurrente y fundamental gesto en las crónicas de su viaje europeo: la busca y confirmación de las fuentes del idealismo que subyace en el resto de su obra. Aunque ya han pasado die-

ciséis años de su publicación, es notable que en estas crónicas las ideas fundamentales de *Ariel* sigan en pie.

Un claro indicio de estas ideas es su rechazo al arte decadente, como lo había dicho en su ensayo sobre Rubén Darío (1899). En la crónica dedicada al poeta Stecchetti Rodó declara que no le ofenden ni la irreligiosidad ni la sensualidad de su poesía, que son rasgos de su fuerte asociación con el naturalismo. Lo que sí critica es su falta de idealismo y de contribución positiva al arte (1278-9).

Lo mismo se aplica a la arquitectura. Lo que había considerado excesos y gratuidad de los versos más “azules” de Darío y sus acólitos es revivido cuando se enfrenta a las fachadas del modernismo catalán. Lo dice en “En Barcelona”: la propensión de los catalanes a la originalidad los lleva “con frecuencia a discutibles extremos” (1253), y da como ejemplos el templo de la Sagrada Familia y la sala del Orfeo Catalá, que le implican “un choque violento” por estar acostumbrado al “gusto de la línea pura” y “la severa y divina sencillez” (1254). En su diario es más explícito: “decadentismo artístico” (1486). Parecido trato recibirá el interior barroco de la iglesia de San Pedro en Roma.

Hay un fuerte contraste en este sentido con su apreciación, detallada y admirativa, del arte renacentista del norte, sobre todo de Florencia, que lo lleva a incluir listas en su Diario de las varias obras que ve en sus museos y sobre las que escribirá dos entusiastas crónicas. La primera de ellas, “Diálogo de bronce y mármol”, donde exhibe su erudición sobre el mundo clásico, trata de dos aspectos centrales a *Ariel*, a saber, la combinación de los mundos cristiano y pagano; y la necesidad de volver a los valores clásicos. El segundo texto inspirado por la estadía en Florencia, “Y bien, formas divinas...” es también una enfática declaración de su idealismo, y es además resolución de un problema filosófico que se puede exponer mediante la siguiente

pregunta: ¿cómo casar la aspiración al idealismo en *Ariel*, que inevitablemente queda asociada con formas perfectas y platónicas, con el tema del cambio constante en *Motivos de Proteo*? O sea: si estamos en constante evolución, ¿cómo saber cuándo se ha alcanzado la culminación, y cómo mantenerse allí? Una respuesta surge en la visión que se da en esta crónica de las estatuas como contenedores de los valores ideales, esenciales, del carácter individual. Pues aunque los modelos padecen del movimiento temporal del cambio, hay un momento de concentración de su carácter, antes del cual queda la evolución hacia él y después del cual hay declinación desde él. Este es el punto que debe capturar el artista, y el principio se aplica a cada individuo. “Todos merecemos la estatua en alguna ocasión de nuestra vida; todos, hasta los que llevan más hondamente soterrada su chispa celeste bajo la corteza de la vulgaridad, tenemos un instante en que seríamos dignos de quedar encantados en el mármol” (1275).

Dos crónicas significativas

Se podrían quizás elegir dos crónicas que ilustran la actitud de Rodó sobre los efectos del viajar, especialmente como montevideano y como latinoamericano, una donde surge la crítica al patriotismo acendrado y limitador; la otra, que celebra los beneficios de ver otros mundos.

La primera es “Los gatos del foro trajano”, que se puede relacionar tanto con la visión claustrofóbica que tenía para Rodó su existencia en Montevideo y su necesidad de “oxigenar” el alma, como también con las ideas sobre la esclerosis que puede causar en la personalidad el quedarse en casa. El lugar que inspira la nota está en ruinas, y el texto de Rodó hace hincapié en la decadencia que ha padecido desde su antiguo

esplendor. Sus pobladores actuales surgen muy poco atractivos de su prosa: “El ruinoso Foro está poblado de gatos. Allí ha puesto su cuartel general, su concilio ecuménico, su populosa metrópoli, la que llamó Quevedo ‘la gente de la uña’.” Y luego lo dice explícitamente: “No quiero a los gatos. Me han parecido siempre seres de degeneración y de parodia: degeneración y parodia de la fiera.” Y lo que le resulta más repugnante de ellos es el “apego [...] a la casa donde disfruta su rincón”, que para él es epítome del patriotismo “egoísta y sensual” (1299).

La segunda crónica es la que envía el 31 de diciembre de 1916, “Al concluir el año”. En ella reflexiona sobre los latinoamericanos y su identidad común, que sale a la luz sobre todo cuando se encuentran fuera de sus países, en Europa (1289-90). Comienza Rodó notando cómo “Para la mirada europea, toda la América española es una sola entidad”, y nota enseguida que se trata de una simplificación que “a cada paso induce a falsas generalizaciones”. Pero sin embargo, en el fondo también denota una verdad que “acaso los hispanoamericanos no sentimos todavía en toda su fuerza y toda su eficacia”, a saber, que “somos esencialmente ‘unos’”. En su experiencia europea, dice, ha comprobado que los varios patriotismos se diluyen entre los latinoamericanos, y que surge una disposición a verse como partícipes de una identidad mayor común. Esta comprobación le parece “el más grato mensaje que pueda enviar, al concluir el año [...] a mis dulces tierras de Occidente.” Y hace votos para que la formación de la unidad hispanoamericana sea la meta mayor de los pueblos del continente – en reiteración de su mensaje en *Ariel*.

Estas ideas, dice, le son inspiradas también por la todavía joven nación italiana, y propone que los jóvenes de la América hispana se reúnan periódicamente en congresos de estudiantes para forjar esa unidad. Los tesoros y prestigios que observa el

latinoamericano en Europa “estimulan y engrandecen nuestros anhelos” para la gran patria propia. El texto termina con una referencia al Capitolio, “cuna y altar de la latina estirpe” y a la loba “nodriza” de Rómulo y Remo, que le parece a Rodó que está mirando hacia América, donde busca “nueva libertad y nuevo espacio.”

Vemos entonces en estos escritos europeos de Rodó una experiencia de aprendizaje en el viaje y de reafirmación de ideas previas sobre el futuro itinerario de América. Las crónicas para *Caras y Caretas* reflejan tanto la culminación como la confirmación de lo que venía diciendo durante veinte años de escritura: su idealismo, su americanismo, sus valores humanistas sobre la personalidad y la organización política. El viaje ha sido ratificador y madurador de esta visión arielista de la persona y de la sociedad latinoamericanas, que continuaban ocupando el centro de su atención en los últimos meses de su vida.

Obras citadas

Ibáñez, Roberto. “El ciclo de Proteo”, *Cuadernos de Marcha*, 1 (mayo 1967), 7–52.

Rodó, José Enrique. *Obras completas*. Emir Rodríguez Monegal (ed.). Madrid: Aguilar, 1967.

San Román, Gustavo. “Money, Culture and Enterprise in José Enrique Rodó”. *Modern Language Review*, 140/1 (enero 2009), 83-105.